

Autoentrevista

Elena por Poniatowska

¿Por qué tantas entrevistas?

—Por insegura. Siempre he tenido preguntas, nunca respuestas. Dice mamá que de chiquita, cuando me contaban cuentos, después del "Y fueron muy felices y tuvieron muchos hijos", siempre preguntaba: "¿Y después?". Seguí preguntando, toda la vida he preguntado, hasta la fecha pregunto, a ver si algún día me entero de lo que se trata.

¿De lo que se trata?

—Por qué estamos aquí, para qué. What this is all about, como dirían los ingleses. Por eso quizá me casé con un astrónomo, porque creí que él sí sabía. Andaba con su cucurucho de estrellas en la cabeza y su telescopio y se congelaba en las altas horas de la madrugada, egresaba al lecho con las manos frías. Era estoico en su búsqueda; un buen estrellero. Hacía muchísimas placas fotográficas de objetos estelares y con un lápiz puntiagudo levantaba sus tablas y escribía números y más números de posibilidades, nunca de certezas y murió en un agujero negro. Con él se fue mi última oportunidad y aquí sigo, sin saber.

¿Qué es lo que quieres saber?

—Recé mucho. Todavía rezo cuando camino. Hice muchos "bouquets espirituales", dije miles de jaculatorias que acabé confundiendo con eyaculaciones. Me gustaba insistir en: "Torre de marfil, Casa de Oro, Arca de la Alianza, Amante mío, protégeme, amante fuerte, súbeme hasta la cima, amante hermoso, pégame si quieres pero no me dejes". Lo repetía como en un encantamiento, más que el Padre Nuestro o el Ave María que eran las oraciones tradicionales. La Biblia también ejerció su poder de seducción, pero no entendía por qué a María le iba mejor que a Marta, por qué los trabajadores de última hora, por qué el hijo desobediente, por qué la oveja descarriada y no las 99 bien portaditas. De niña fui muy religiosa. Creí que el sacerdote tenía la respuesta. Comulgué diriamente o casi hasta los diecinueve años y la hostia contra mi paladar era lo más delicado, tenía que pasármela con el cuidado más angustiante, la saliva más limpia, para no herirla. Fui Scout, y cuando Torres Bodet dijo que todos los mexicanos teníamos que enseñarle a leer a otro anduve con mi cuaderno y mi lápiz espantando gente en la calle. La única que aceptó fue Magda, a quien le dejaba muchísima tarea además de la faena del día; darnos de comer, hacer nuestras camas, lavar nuestros calzones y llevarnos a la escuela, a las clases de piano, de Corposano, de ballet y al cine Vanguardias los domingos. También fui Scout de "una buena acción del día" y catequista e

intendente de campamentos scouts en Atlixco, en Cuernavaca, en Hidalgo. Un día fuimos a pata a Tres Marías y nos cayó un aguacero. En la colonia Juárez, a los nueve años, hice mi primer Victory Garden, como lo pedían los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Lo único que se me dio fueron las zanahorias en un cajón de tierra en la azotea. En la azotea le rezaba a la noche para que regresara papá de la guerra. Durante todos esos años estuve enamorada de mis padres, eran lo más bello, lo más alegre, lo más distinguido. Mi madre, sobre todo, me tenía alelada. Olía muy bonito. Se movían muy bonito sus vestidos de telas ligeras en torno a sus piernas. Daba gracias a Dios por tenerlos. Dios era bueno, todo lo que le pedía nos daba. Mamá creía que las soluciones caían del cielo y nos quedábamos viendo hacia lo alto como los lirios del valle. Hasta que muy tarde, tardísimo, leí la Historia de las religiones de Salomón Reinach y cerraba el libro presa del terror. Descubrí que en todas las religiones una virgen concibe a un hijo y eso "me sacó mucho de onda" como dicen ahora los chavos. Yo, que siempre he estado sacada de onda de por sí, quedé bien fuera de la vereda tropical, qué digo, exiliada de la amplia avenida, desterrada de la calzada real.

¿Por qué siempre das la vuelta a las preguntas? ¿Por qué no eres concreta?

—Todavía hoy Mamá se refugia en el despiste y en el olvido para que no la revuelquen las olas más grandes y la imito (ya lo dijo T.S. Eliot: "Human kind cannot bear very much reality"). Ella cree a pie juntillas, y todos los días, a los 87 años, sobre el empedrado de Coyoacán, va a pie a misa al Altillo. Siempre regresa con una sonrisa a desayunar...

¡Ya, ya! ¿Eres o te haces?

—...Comemos los martes y los jueves, son los días que me aliso el pelo y me fijo si mis zapatos tienen tapitas y medias suelas para que ella me vea muy bien.

Entonces ¿no vas a contestar?

—A veces soy tan feliz que pienso que esto no es posible, que algo malo va a suceder...

¿Qué es lo que te hace tan feliz?

—Ver, al levantarme, el colorín que salvó don Tomás. Estaba ya todo carcomido. Le cortó el tronco, quedó chaparrito y volvió a florecer y a dar hojas verde tierno. Me encanta hacer crecer. Las plantas me llegan mucho, les platico mis artículos y se fruncen, les leo poesía en voz alta y se

abren. Hablo mucho con ellas. También con los dos gatos callejeros Gazpacho y Silvana y con Loba, una perrota de ojos azules como de canica de agua que Paula rescató en el Periférico.

Hogar, dulce hogar...

—No me gusta lo grandote. Cuando las descubrí me dieron vergüenza ajena las películas de Cecil B. de Mille. Una noche Tomás mi nieto, a sus cuatro añitos, nos proporcionó a Juan y a mí una felicidad inesperada. Sus papás salieron y, como era el fin de cursos del Liceo, le pedimos que nos enseñara su cuaderno. Se puso a cantar y a decir en voz alta cada uno de los versos y las tonadas que le habían enseñado, página tras página, en francés. (No es que sea franchuti, pero su madre que es excelente, Viviane, ha enseñado su idioma a sus dos hijos). Se le acabó la voz, pidió un vaso de agua y siguió. Nosotros no podíamos hablar. Era como estar en un clarito en el bosque. Veíamos el pelo casi blanco de Tomatito inclinado sobre el cuaderno y oíamos su voz de campanita.

¿Qué escritores lees?

—Leí mucho a los católicos, a León Bloy, a Ernest Psichari, a Paul Claudel, a Henri Bergson, a Jacques y a Raissa Maritain y a St. Exupéry que decía que sólo lo esencial es invisible. Me sabía pasajes enteros de Péguy de memoria y he tratado toda la vida de ser de los de a pie, siguiendo su "Nous sommes la piétaille" que me impresionó mucho. A Claudel sólo un poquitito porque él mismo dijo que era avaro ("Je suis un paysan avare") y se portó horrible con su hermana Camille Claudel, la amante de Rodin que es un personaje fascinante. Tengo devoción por Simone Weil. En el convento de monjas leía a Blake, a Keats y Shelley, a Lord Byron, a Tennyson, a los prerrafaelitas y más tarde, sola, a las hermanas Bronté, a Virginia Woolf. Amo con pasión tormentosa a D.H. Lawrence; si pudiera escribir una sola página como él, con su insight, moriría tranquila. Hay un cuento de él "England, my England", que para mí es una lección de vida. Me hace pensar en mis padres que nunca manipularon sus circunstancias, nunca se explicaron a sí mismos, nunca se reivindicaron. Lo que pensaban sobre su propia vida, se lo guardaron. Mi padre fue un hombre mal amado que nunca abrió la boca para quejarse. En cierta forma es un héroe de los de antes como Egbert, que después de haber tenido mujer e hijos muere en la guerra porque es lo mejor que puede sucederle. Mis padres me enseñaron algo que tiene qué ver con ese cuento: el decoro, ciertas reglas de vida que pueden parecer muy duras y sin embargo te enmarcan, te encuadernan para que no te desparrames y no se te caigan las hojas. No lloro en público ni me acerco a los poderosos, no creo en el café society auspiciado por las marcas de whisky y las tiendas de moda y esa suerte de snobismo se la debo a ellos y a mi propia timidez.

Volviendo a los escritores, hay pasajes de Julio Torri que me sé de memoria: "¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí". Octavio Paz se sorprendería de todo lo de él que me sé de memoria: "Un sauce de cristal, un chopo de agua,/un alto surtidor que el viento arquea,/un árbol bien plantado mas danzante,/un caminar de río que se curva,/avanza, retrocede, da un rodeo/y llega siempre...". De Juan Rulfo: "Tanta y tamaña tierra para nada". De López Velarde, que me lo enseñó Juan Manuel Gómez Morín: "Hermana, dame todas las lágrimas del mar, mis ojos están secos y siento unas inmensas ganas de llorar". De Jaime Sabines: "Hay una manera en que me puedes hacer totalmente feliz, amor mío: muérete". De Gabriel Zaid: "Desenfadada y libre, cruza/la súbita claridad de tu cuerpo./¿No decía Schiller que el pudor, etc.?/Pero un pedo insólito/ arruina el mundo del Play boy./Te deja, ahora si, desnuda". De Rosario Castellanos: "Yo soy un ancho patio, una gran casa abierta; yo soy una memoria". De Carlos Monsiváis: "Democracia también puede ser la súbita importancia de cada persona". De Carlos Fuentes: "Mira, la lucha es entre culpables y por eso es trágica, los justos y los injustos son culpables, no son inocentes, y por eso todo es tan terrible, porque la justicia tampoco es inocente". De José Emilio Pacheco, desde luego "Alta Traición" y "Toda la noche vi crecer el fuego". A José Emilio le debo la corrección de La Noche de Tlatelolco. Es muy generoso. Cuando nos invitan juntos a dar conferencias me escucha preocupado no vaya yo a meter la pata. Luego me dice que hablé de Vietnam y era Indochina. Es como un hermano. Cuando no sé lo llamo por teléfono. Nunca falla. Es un pozo de saber. José Emilio se responsabiliza y eso es amar. Gabriel Zaid lo mismo. Al libro que siempre regreso es a Ana Karenina, porque ella es mi heroína. Vivo con ciertos volúmenes, me alimentan, están junto a mi cama, duermo con ellos, les hago confidencias y eso que no soy dada a las confidencias, no me educaron así, y corroboré que tenían razón mis papases cuando Borges dijo un día en una entrevista que era muy amigo de no recuerdo quién porque nunca se habían hecho confidencias. Me sorprende y me llena de gratitud el hecho de que en años determinantes pude llamar por teléfono a Octavio, a José Emilio, que pude estar cerca de Rosario, quien me hizo tantísima ilusión como Elena Garro. Eran figuras mágicas, estaba enamorada de ellas como lo estoy de los poetas. Si lo pienso bien, me la vivo enamorada de Hugo Hiriart porque creo en él y devoro lo que escribe y lo que dice. También estoy un poco enamoradiscadita de Juan Villoro (así como también me gustó su papá) y, desde luego, de Luis Enrique Ramírez, a quien quiero con toda el alma. Me gustan mucho los hombres, muchísimo y algunas noches les pido perdón a todos los hombres y a todas las mujeres y a todos los cisnes y a todos los conejos y a todas las tortugas de Toledo con quienes no me acosté. Y cuando confieso esto me viene a la memoria Ambar Past: "Dedico este poema a los hombres que nunca se acostaron conmigo/a los hijos que nunca tuve/a los poemas

que nadie escribió..." Guillermo Haro decía que era un astrónomo con muy buena estrella. Soy una mujer con un ángel de la guarda del tamaño del mundo. Le doy mucha lata al pobrecito. A cada instante me rescata del borde del abismo. Manejo mal, camino mal, me cuido mal, tengo mala salud, corro como rata atarantada, a cada rato me gritan "¡Pinche vieja, fíjese por dónde anda!", me meto en todos los atolladeros, camino en la cuerda floja, hago diez citas al mismo tiempo. Me piden que opine y como no sé decir que no, hablo de política sin saber ni cómo y doy recetas de cocina con todos los ingredientes chuecos. Gracias a Dios y a la corte celestial Adelita Salinas, mi hija postiza, hace trabajo de doblaje y me salva en las situaciones límite representando a una Elena infinitamente superior a la que soy. Quisiera pisar fuerte, ser de la raza Calé y olé pero el carácter eslavo no lo propicia.

¿Estás de acuerdo con tu vida?

—He sido muy afortunada, la vida ha sido una naranja de gajos pulposos, su jugo se me ha escurrido por la barbilla, a veces pienso que si me dieran a elegir volvería a vivir lo mismo, aunque cuando se lo confié a mi gurú Juan Soriano me respondió: "No seas tonta, todo lo volverías a hacer pero peor". Me dejó curada de espanto. Soriano es sabio. Es mi ángel de la guarda con alas de petate. Lo escucho mucho y aunque él no lo cree lo obedezco a ratitos. Cuando lo veo se ríe con sus grandes dientes de caballo. Jesusa Rodríguez y Liliana Felipe son piedras de toque en mi vida. Otra que amo bárbaramente es Leonora Carrington y también quiero a Kati Horna, la fotógrafa, porque feminizó la palabra "cansancio" y le dice "la cansancia", por su trayectoria y sus fotos de la Guerra Civil de España; también por su honestidad, que percibo en los retratos surrealistas de Leonora.

¿Te parece que la honestidad es surrealista?

—En México por supuesto, y vivo en México. Carlos Monsiváis parece creado por la imaginación de Leonora, su cabello blanco pintado por sus pinceles, su sonrisa felina en la noche es la misma que ve Alicia en el gato de Cheshire cuando se lo encuentra en El País de las Maravillas. Nadie imagina la capacidad de ternura que guarda ese caparazón de alebrije. Abre la boca y ruge el dragón; uno ya siente que se achicharra entre las llamas del infierno. Los mil gatos que lo rodean viven con los pelos erizados y los ojos fuera de sus órbitas, y de pronto ronronean mimosos con cualquier caricia de los dedos llenos de curitas de Monsi, que por cierto siempre levanta el meñique cuando camina. Resulta que la honestidad es una virtud que sólo he encontrado en personajes tan inverosímiles como Carlos Monsiváis, seres que parecen provenientes de otra dimensión, de alguna otra realidad que debe haber por ahí.

Monsi me es indispensable...

Sí, sí, ya lo has dicho muchas veces. Vamos a pasar a otra cosa.

—¡Ah no! ¡Vamos a pasar a lo que a mí me dé la gana! Para eso soy la entrevistada. Ya me toca, digo. Y es mi voluntad dejar constancia por medio de la presente que considero que Carlos Monsiváis tiene una inteligencia fuera de serie y que una sola frase suya puede resumir nuestras realidades, todo esto que sentimos y vivimos pero somos incapaces de verbalizar. Yo no sé qué haría si no existiera Monsiváis (aunque es malísimo y me dice Malena; según él, la mala soy yo), pero tampoco me imagino a tres generaciones de mexicanos sin él. Carlos ordena el caos, y así como rastrea nuestras miserias y subraya despiadado nuestras fallas, nos reconcilia con nosotros mismos al exhibirnos con humor, como esta bola de payasos que somos.

¡Eso te salió muy retórico! ¿Ya te cansaste, verdad? ¿Ya acabaste de estar? ¿Ya?

—Sí, ya, tampoco es para tanto. A ver ¿qué más? Apúrate, porque ya me tengo que ir a la Sala Manuel M. Ponce que es como mi segundo hogar. Y la Casa de la Cultura Reyes Heróles como el tercero.

No, pues así con esas prisas mejor aquí le paramos. Como decía Jesusa Palancares, "usté siempre haciéndole al pendejo".

—Paula me dice cosas parecidas: "Ya bájale, mamá, ese no es tu pedo". "Ay, mamá, sintonízate, por favor". "¡Qué bruto, mamá, eso era en tus tiempos!". La neta, chale hija. Ahí la vemos.